NUESTRA HOMILÍA DOMINICAL

Preparación y lenguaje

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i215.163>

ALONSO MORATA

Muchas veces me he planteado desde el ministerio de la Palabra propio de todo sacerdote y su concreción en la homilía en la misa dominical. Primero, cómo llevarla a cabo: preparación, estilo, nivel, temática. En segundo lugar, cuánto tiempo mantener la atención del fiel que escucha, aunque se esfuerce. Y, si bien es cierto que hay circunstancias en las que se puede ampliar más el tiempo (misa mayor de las fiestas en el pueblo o la parroquia, acontecimiento especial de una ordenación u otros), la verdad es que a partir de siete-ocho minutos, la mente va divagando por especies que están en las nubes y pisan menos la realidad que la Palabra de Dios ha de iluminar y a la que debe ayudar la homilía de cada domingo.

Esto exige un esfuerzo de preparación; una lectura de la realidad circundante; una apuesta por la sencillez y profundidad del lenguaje; una concisión dentro de la claridad y una conexión con el mensaje que dimana de la palabra leída y escuchada, proclamada; una elección de lectores que no desvirtúen el contenido de la misma, aunque éste sea más un capítulo referente a los colaboradores y preparación de los equipos de liturgia de cada parroquia o comunidad. Pero quiero centrarme en lo que atañe a nuestras homilías dominicales (también la diaria ha de tener un sentido de predicación explicando la *Lectio continua*, en tres minutos). Trataré de desarrollar cada uno de los puntos antes enunciados.

PREPARACIÓN

No se trata de hacer una preparación intelectual y argumentada, con muchos razonamientos que muestren la altura de nuestros conocimientos (la homilía no es una conferencia, ni siquiera un sermón), sino de ir adentrándose desde la lectura de los textos al menos tres días antes del domingo, pasándolos por la oración y la contemplación, y anotando los aspectos que nos parezcan más destacables en nuestra comunicación creyente al

resto de la comunidad. Escribirlos es importante para luego ir plasmándolos cada vez más en nuestro interior, para que las palabras que pronunciamos no sean cosas sabidas, sino expresión de nuestra vida. Al primero que debe «afectar» la Palabra en la que apoyamos nuestra predicación es al mismo sacerdote. Por supuesto, aunque nos puedan orientar las homilías preparadas por otros hermanos, no leer lo dicho por otros en ninguna ocasión. Las «Homiléticas» están bien como ayuda a la reflexión y descubren aspectos importantes, pero no deben ser recurso de predicación directa. Personalmente nunca me he sentido inclinado a «copiar» las palabras de mis hermanos, aunque las he leído con gusto y me han orientado en ocasiones, sobre todo los buenos comentarios bíblico-pastorales. La homilía es medio para transmitir a los fieles la Palabra de Dios. Su contenido debe ser captado y amado por los fieles e inducir a vivirlo en persona. No es una tarea sencilla ni es pequeño el compromiso de cumplirla bien.

LECTURA DE LA REALIDAD CIRCUNDANTE

Il Corriere della Sera (uno de los periódicos más influyentes de Italia) dedicó el 5 de diciembre de 2010 casi dos páginas enteras a hablar del compromiso de la Iglesia en la evangelización de un Occidente «relativista y nihilista». El diario milanés afronta con claridad un problema de siempre: ¿cómo y durante cuánto tiempo deben hablar los celebrantes a los fieles? Y da lo que se podría llamar una verdadera lección sobre la homilía. En primer lugar, responde, se «siente cada vez más la necesidad de volver a la predicación originaria» tanto más cuando «en la famosa sociedad ahora secularizada, descristianizada, indiferente, etc., cuántos sacerdotes son capaces de captar la atención y tener las iglesias llenas de fieles».

La realidad circundante no es sólo la general del mundo en el que vivimos: no es lo mismo una homilía en la misa de niños, que debe ser una auténtica ‘conversación con ellos’ sobre los textos y una iluminación de su vida y sus problemas, que la que ha de hacerse a la comunidad en general, también conocida y vistos los problemas que en ella se dan. Siempre nos es más fácil predicar a aquellos cuyo trato es frecuente, cuyas carencias y virtudes sociales y religiosas se conocen, de quienes sabemos los anhelos y deseos, su nivel formativo, su capacidad de entender, pero sobre todo su modo de vivir la fe, que hacerlo de «paracaidista».

Esta lectura ha de ser siempre positiva, marcando un camino de superación de las realidades y haciendo que, de la situación, se eleven al encuentro con Dios, por la participación iluminada con la Palabra.

APUESTA POR LA SENCILLEZ DEL LENGUAJE

Ya dijimos que la homilía no es una conferencia, ni un sermón, ni un discurso, ni una clase. Su lenguaje ha de ser asequible a los fieles, pensando en los más sencillos y menos preparados de ellos. Esto no significa que haya de ser un registro vulgar de la lengua, sino un registro popular, partiendo, si es posible, de datos de la vida del pueblo, de la parroquia, del entorno socio-político (sin hacer política), un registro de lenguaje asequible a todos. La experiencia de que al sabio se le entiende mejor que al que pretende aparecer como tal vale también para nuestras homilías.

Por desgracia, muchos de nuestros pastores creen que una homilía episcopal no puede ser de menos de 45 minutos y desconectan totalmente aun aquellos más fieles y atentos. Además, nos pensamos que utilizar palabras muy técnicas es señal de nuestra buena preparación, cuando puede indicar lo contrario: un enmascarar nuestra poca preparación con un lenguaje críptico, sólo para iniciados. El mejor ejemplo lo tenemos en las parábolas de Jesús.

QUE RESPONDA AL CONTENIDO DE LO LEÍDO Y A LA REALIDAD QUE NECESITA SER ILUMINADA

«Lo esencial –dice Gian Guido Vecchi- es no considerar la homilía como un simposio en el cual exponer las propias ideas y las propias teorías. Ciertamente, yo debo usar mi capacidad de comunicación, la preparación y el método, pero el contenido se debe enfocar hacia lo esencial de la fe», Y añade: «Es preciso atenerse a las lecturas, porque esto es lo que la gente quiere: escuchar la palabra del Señor, no la mía. No se celebra un congreso, sino la Misa. Que debe ser respetada en su proporción, sin excederse en la predicación o la liturgia de la palabra».

No se me ocurre mejor manera de explicar este último punto que las palabras citadas más arriba. Los fieles necesitan que las lecturas den luz a los acontecimientos de su vida de cada día y nosotros, con nuestros discursos desencarnados, lo único que hacemos es poner oscuridad, sobre todo si sobrepasamos el tiempo y queremos decir muchas cosas. En el Sínodo de los obispos dedicado a la Palabra de Dios se ha sugerido la elaboración de un «directorio sobre la homilía», un «instrumento» en el que 'los predicadores puedan encontrar una ayuda útil' y sean incorporadas una serie de indicaciones prácticas, comenzando por la definición de un tema principal y la recomendación de 'no sobrepasar los ocho minutos,

tiempo medio de concentración de los oyentes', evitando así la huida, el tormento y el sueño de los fieles. Síntesis, sencillez: todas las homiléticas lo repiten. No en vano el verbo *homilein*, en griego, indica hablar de modo familiar, en un estilo coloquial».

Por lo demás, observa Martinelli, «precisamente en Jesús, en el Evangelio de Lucas, se hace resaltar la homilía probablemente más breve (y eficaz) de la historia, en la sinagoga de Nazaret, después de haber leído un fragmento de Isaías –'El Espíritu del Señor está sobre mí'– y cerrado el rollo: 'Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír'. Punto. La lectura, la escucha, la referencia al hoy. Vale tanto para la homilía como para la *Lectio biblica*. No es que yo hable a la gente, es el texto que me habla: y yo digo lo que el texto me dice en aquel momento». Naturalmente se requiere verdadera cultura para ir más allá de la mera erudición. Y saber hablar a las personas: «La gente no escucha lo que dice, escucha lo que siente. Por esto durante una *lectio* no soy yo leyendo el evangelio. Yo escucho, naturalmente después de haberme preparado: los estudios no son inútiles, pero el texto los supera todos».

En una granja de Villapizzone, alrededores de Milán –refiere el mismo Vecchi, en *Il Corriere*– una «infinidad de personas» sigue la lectura que de los evangelios hace el padre Silvano Fausti, 70 años, jesuita, uno de los autores cristianos más escuchado y leído. Fausti repite una y otra vez estos conceptos: «Los estudios no son inútiles, pero el texto supera a todos. Todo consiste en el tiempo que tú dediques a escuchar. Sólo si escucho y siento puedo después decir lo que siento: san Pablo hablaba de *pleroforia*, la sencillez de la palabra, sacar el pleno y hablar con sinceridad. De otra manera puedo hacer consideraciones vacías o doctas, o repetir aquello que han pensado otros, y será todo falso».

Il Corriere, en este caso, presta un verdadero «servicio» y no solamente en género periodístico. «Es interesante notar cómo algunas consideraciones se dirigen a predicadores muy diferentes en formación y en estilo. En la periferia este de Roma, en el seminario de la Fraternidad de misioneros de san Carlos Borromeo, fundada por él en el 85, D. Máximo Camisasca, 64 años, suspira: «En general hoy la homilía es una ocasión perdida». Y distingue entre la preparación semanal de la homilía («nadie puede pensar en improvisar, prepararse es un acto de respeto a Dios y a la gente») y la remota («Muchos sacerdotes, después del seminario, no estudian más. No leen. Su jornada está tan ocupada en actividades –sacrosantas, por supuesto– que le quitan toda profundidad. En la predicación debe salir aquello que vive el que está hablando»).

¿Qué es lo más importante a evitar en la homilía? Pregunta Gian Guido Vecchi al franciscano padre Raniero Cantalamessa, Predicador pontificio: «¡Usar la palabra de Dios como piedras para arrojar encima de la gente! Es necesario amar a las personas a las que se anuncia la buena nueva, si no es mejor callar. Acordarse de aquello que decía san Agustín: «Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano» y sentirse solidario con los que escuchan, usar lo menos posible el pronombre «vosotros» y lo más posible el pronombre «nosotros», sobre todo cuando se está hablando de vicios y de pecados. Yo me repito a mí mismo las palabras de un santo monje ruso, san Serafín de Sarov: 'Predicar es fácil: es como arrojar piedras desde lo alto de un campanario. Practicarlo es lo que es difícil: es como llevar a la espalda esas mismas piedras desde el suelo hasta la cima del campanario'. Por otra parte, quien escucha lo siente: la gente, y no solo los creyentes, sabe reconocer y apreciar una predicación que sea honesta, humilde, asentada en la palabra de Dios y cercana a los problemas reales de la vida». También Benedicto XVI ha vuelto hace poco al argumento. En *Verbum Domini* ha sacado en conclusión del Sínodo sobre la Palabra: «Se deben evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la palabra de Dios, como puras inútiles divagaciones que corren el riesgo de centrar la atención en el predicador más que en el corazón del mensaje evangélico». Concluye Vecchi: «Confianza con el texto sacro, preparación. Y humildad».

TIPOS DE HOMILÍAS A EVITAR

Además del tiempo que debe durar la homilía para que se mantenga la atención entre los fieles es importante no caer en defectos de calado formal. Estas clases de homilía deben evitarse:

–*Improvisación*. El sacerdote prepara la homilía mientras se pone el alba, el cíngulo, la estola y la casulla para celebrar la santa misa.

–*Homilía libresca*. Homilía con ecos de que el que la dice ha leído, tiene un claro saber y amplios estudios; homilía muy académica, marmórea, esculpida, pero carente de corazón y que muestra no tener conocimiento de quienes le están oyendo.

–*Homilía arqueológica*. Parece que estamos dando un viaje por los lugares y costumbres de la época, sin centrarse en el evangelio, el mensaje de Jesús, que es lo importante. El predicador quiere siempre explicar detalles secundarios sobre fariseos, esenios, dracmas, estadios, hora sexta, atrio, pozo. En lugar del mensaje se detiene en curiosidades periféricas.

–*Homilía romántica*. Su pretensión es arrancar lágrimas, sonrisas y azucar en el oyente. Para ello se sirve de exclamaciones, interjecciones, gritos, con un lenguaje paternalista, lleno de adjetivos tiernos, diminutivos o aumentativos. ¡Qué sensible es el padre!, dirán los incondicionales.

–*Homilía demagógica*. Palabras, palabras y más palabras, intentando quedar bien con el público asistente, traiciona tanto el mensaje evangélico como al destinatario, agrandando o empequeñeciendo, desfigurando y distorsionando la doctrina de Cristo.

–*Homilía literaria*. No se parece nada a lo que debería ser una predicación sagrada. Más bien es un ejercicio literario, por lo general bien estructurado, pero nada parecido a lo que es una homilía.

–*Homilía antológica*. La homilía se convierte en una oportunidad para recordar y sacar a colación todas las frases, sentencias, textos, poesías, definiciones que el predicador ha aprendido de memoria o que conserva en sus archivos.

–*Homilía molusco*. Invertebrada, blandengue, gelatinosa, escurridiza, sin argumento, sin contenido, sin tema. Enlaza varios temas, sin terminar ninguno de ellos, los va enristrando como eslabones de una cadena.

–*Homilía ladrillo*. Se vierten ideas, sólo ideas, sin relación con la vida de los oyentes. Pero la homilía tiene que llegar a la cocina del ama de casa, al puesto de trabajo de ese buen padre de familia, a los pupitres de los estudiantes. La homilía-ladrillo no llega.

–*Homilía espagueti*. El predicador se enrolla y se enrolla, una y otra vez, da vueltas sobre el mismo asunto, consigue aburrir a los oyentes y hacerlos bostezar. Un amigo mío dice de estas: «Malo es que la gente mire continuamente al reloj mientras hablas, pero es peor que además se lo lleve al oído para ver si anda y lo golpee suavemente, creyendo que se le ha parado».

–*Homilía cursillo*. El predicador quiere enseñarnos todo de una tacada, por eso en su homilía trata muchos temas sin concretar ninguno.

–*Homilía repetición del evangelio*. No sabe sacar un mensaje de ese evangelio, hacer una lectura que ilumine la situación real de sus oyentes, y lo único que hace es repetir lo que se leyó en el evangelio. ¿Será posible que el predicador sea incapaz de zurcir una homilía jugosa con una sola idea bien expresada?

–*Homilía técnica*. Suele ser propia del pseudo-intelectual, de aquel que nos dice: «Te vas a enterar de quién soy yo, del nivel que tengo». Usa todo el tiempo un lenguaje teológico que la gente no entiende (metanoia, kénosis, anáfora, parusía, epifánico, histórico, neumático, mistagogo, escato-

logía, transubstanciación...). Y la homilía no es una clase de teología, sino una conversación cordial con sus oyentes y parroquianos. La teología que has estudiado te capacita para que sepas traducir al lenguaje llano todo aquello que se ha reflexionado sobre el misterio de Dios.

–*Homilía callejera*. No es la homilía que se hace en la calle, sino que se hace con lenguaje vulgar y chocarrero. Así se rebaja la palabra de Dios, la dignidad del profeta y la dignidad de los fieles que san Pablo llama «santos en el Señor». El predicador no debe nunca rebajarse, pues está hablando en nombre de Cristo y de la Iglesia.

–*Homilía de mal piloto*. El predicador no sabe ni poner en vuelo el avión ni aterrizar, empieza a dar vueltas y más vueltas y nunca termina. Dice: «Y ya para terminar...» y vuelve a subir a las nubes, «y ya para terminar...» y vuelve a subir... Termine usted y basta.

Como conclusión, dos consejos. El primero es que preparemos la homilía para que la comprenda hasta el menos culto de nuestros feligreses y le ayude a caminar en la vida. Y el segundo es que no dure más allá de los ocho o diez minutos: «No se enrolle, por favor».